

LA BRUJA SORGINA APOBEGI

Cuento de carnaval 1º, 2º, 3º

Hace muchos, muchísimos años, cuando la ciudad de (Madrid) aún no existía y en su lugar sólo se levantaba la cabaña de un pastor, que pastoreaba plácidamente sus ovejas cerca del Manzanares; en el mismo lugar donde hoy se levanta (la Escuela Micael), se erigía un gran castillo y en sus alrededores un pueblo muy bello y próspero.

En el castillo vivía muy feliz un rey, con su reina y sus hijos: príncipes y princesas; rodeados de una gran corte formada por los sabios, consejeros y cortesanos. El anciano rey era muy sabio y dictaba leyes muy justas, que siempre eran bien acogidas por todos sus súbditos. El reino era conocido y envidiado en todos los demás reinos por su orden, limpieza y longeva paz.

En el pueblo, alrededor del castillo vivían todos los artesanos que habían abierto sus talleres bajo la sombra protectora de la bondad real. Ellos eran capaces de proveer de casi todas sus necesidades al palacio y habitantes de toda la región.

Cada artesano cumplía con su trabajo y lo hacía con mucho amor, pues sabía que la vida de los demás habitantes del reino dependía directamente de la labor de cada uno de todos ellos.

En las ferrerías, los herreros fundían el hierro en gigantescos crisoles, para poder fabricar todo tipo de aperos de labranza, herramientas para los otros artesanos y herraduras para poder herrar las pezuñas de todo tipo de caballerías.

Los carpinteros, con sus serruchos, gubias, clavos y martillos, fabricaban los más bellos muebles con los que ornaban sus hogares todos los lugareños, tanto los ricos, como los pobres.

Las molineras molían los cereales, que los campesinos cultivaban con amor en sus ricas tierras, en bellos molinos de viento. Los campesinos producían además ricas verduras, hortalizas y olorosas frutas con los que alimentaban y deleitaban a todos los pobladores de la extensa región.

De la misma manera todos los demás artesanos: pastores, lavanderas, panaderos, albañiles, yeseros, pintores, cocineros, pescadores, jardineros,.. realizaban su cometido con orgullo y gran diligencia.

En las granjas, prados y bosques cercanos convivían en paz entre ellos y con los humanos toda clase de animales: patos, gatos, leones, gallinas, monos, perros, vacas, lobos, caballos,...etc.

Los seres de la naturaleza ayudaban a todos los demás seres y cuidaban a su vez de la frondosa naturaleza que rodeaba amorosamente todo el reino.

En fin, todos los habitantes del reino vivían muy felices y en armonía entre ellos. Los hombres, animales y los seres mágicos de la naturaleza convivían en un ambiente de total concordia y respeto mutuo

Un día de invierno, cuando las primeras luces del alba debían haber despuntado y tocado con sus finos y dorados rayos las almenas del castillo y los primeros gallos, debían

haber despertado con sus alegres cantos a todos los habitantes; una gran sombra más oscura aún que la noche cubrió todo el reino.

Al principio pensaron que una gran tormenta de nieve se avecinaba y envolvía el reino, pero al pasar las horas y no producirse ningún cambio, comprendieron que algo muy extraño y especial estaba ocurriendo. Fueron pasando los días y las noches, pero la situación lejos de mejorar se fue poco a poco empeorando.

Los campesinos, pastores y ganaderos fueron los primeros en dar la voz de alarma. Los animales no sabían distinguir el día de la noche y habían dejado de comer, con lo que habían dejado de producir, leche, huevos, ... y su aspecto era cada día más famélico. Los alimentos habían dejado de llegar al mercado y a las mesas de los lugareños.

El rey, por medio de un edicto que sus heraldos pregonaron por todo el reino, convocó a una reunión que se celebró en la plaza mayor del castillo a todos los sabios y consejeros que para él trabajaban, a todos los habitantes del reino, a todos los seres especiales y también a los animales que felices pululaban por su extensa tierra, aire y aguas. El rey, solemnemente se encargó de tomar la palabra en primer lugar y resumió en pocas palabras la situación que el reino estaba padeciendo. Cuando terminó su relato un manto de silencio cubrió toda la plaza. Los sabios y consejeros tuvieron que reconocer que no conocían la causa de tan singular hecho y que a pesar de haber consultado todos los libros y manuscritos que habían encontrado en las bibliotecas buhardillas y recovecos de sus casas, casonas y palacios, no habían encontrado ninguna referencia anterior a un problema similar y menos aún una posible solución. Lo único que al unísono podían constatar era que parecía que el tiempo se había parado y que el sol se negaba a despertar. mientras que la luna continuaba señoreando en la larga noche.

Un gran murmullo de desilusión siguió a estas palabras y en el rostro de todos los habitantes se podía leer el sufrimiento que los últimos tiempos aciagos estaban trayendo. Los encargados de las despensas reales, como de la alhóndiga municipal constataron que se estaban quedando vacías y que las pocas reservas que les quedaban se estaban pudriendo debido a la humedad que estaba penetrando hasta los rincones más recónditos de todo el reino.

Los animales manifestaron su preocupación, pues la verde hierba de las praderas, antaño fresca y olorosa, había desaparecido y en su lugar apenas quedaban algunas briznas de descolorida e insípida y pastosa textura. Terminaron diciendo que no podían continuar mucho tiempo así, pues su situación era insostenible.

Los siguientes en tomar la palabra fueron los gnomos, que claramente advirtieron que tenían todas las semillas preparadas bajo tierra para que en la primavera germinaran, pero veían que sin la valiosa ayuda del sol, éstas terminarían pudriéndose bajo la gélida tierra. Con lágrimas en los ojos dijeron que nunca antes habían conocido nada igual y que este año la llegada de la primavera no iba a ser un momento de regocijo y alegría, sino de suma tristeza.

El rey apeló a todos los seres de su reino, para que entre todos lucharan pudieran encontrar una solución a la delicada situación que estaban viviendo.

Un grupo de niños y niñas de siete a nueve años, que hasta ese momento habían estado escuchando con gran respeto y suma atención, lo que sus mayores habían estado hablando; llamaron la atención sobre el hecho de que las siete hadas benefactoras del reino a pesar de estar presentes no habían tomado aún la palabra para clarificar aquel gran entuerto.

La representante de las hadas, la mayor y más sabia de ellas, llamada Maritxu (Marichu), rápidamente tomó la palabra. Lamentó no tener una solución mágica para el problema, pero añadió que con sus artes mágicas en aquel momento habían llegado a la conclusión de que la autora de semejante tropelía no era otra sino la malvada y envidiosa Sorgina Apobegi.

Todos recordaron que habían oído contar que la máxima ilusión de Sorgina Apobegi había sido casarse con el príncipe heredero, el cual se había casado las últimas navidades, en una multitudinaria ceremonia con gran pompa y boato. El día de la boda, en la gran plaza y ante la puerta de la iglesia había proferido grandes maldiciones y amenazas contra todos los presentes. Tanto reyes como plebeyos y a continuación se había escondido y nadie más la había visto.

Un grito de terror brotó al unísono las gargantas de todos los presentes al recordar el hecho y al reconocer que la malvada Sorgina era bien conocida por su gran envidia, mal genio y malas artes. Rápidamente comprendieron que la solución al problema era la búsqueda de la malvada y despiadada Sorgina.

El rey, prometió un magnífico premio para aquel o aquellos seres que localizaran a Sorgina Apobegi y descubrieran lo que en realidad había ocurrido.

Los elfos, las ondinas y las salamandras se ofrecieron para ser ellos los que localizaran la guarida de la malvada alimaña, pues eran los seres más pequeños y rápidos; y a la vez, conocedores de todos los rincones del extenso reino, algunos de ellos desconocidos para los humanos.

Sorgina Apobegi se había cobijado junto a su búho y su lobo en lo profundidades de la tierra, en unas inmensas cuevas que se encontraban escondidas entre los más altos riscos de (Guadarrama) y allí pensaba permanecer hasta todo que vestigio de vida hubiese desaparecido de la faz de la tierra.

Los seres de la naturaleza siguieron el rastro oloroso que el mal emanaba y sin gran dificultad, pero después de haber recorrido gran parte del reino, localizaron la entrada secreta de la cueva. Gracias a su habilidad y sus poderes mágicos pudieron salvarse de las trampas, furiosos ataque y malas artes de la artera. Lo último que tuvieron que superar fue un ataque con lenguas de fuego que la malvada lanzaba contra las estalactitas del techo, haciéndolas caer con gran peligro y estruendo contra todos ellos.

Entre conjuro y conjuro les gritó:

- ¡He parado el sol y no hay nadie en todo el reino que lo pueda poner en movimiento! ¡Los tiempos oscuros reinarán para siempre!

Los seres elementales volvieron al palacio y contaron lo sucedido. Al escuchar lo acontecido, el miedo paralizó a todos los concurrentes. En medio de la multitud se escuchó la voz de una niña de 8 años, llamada Maider, que creía recordar las leyes de los cuentos de

hadas en los cuales hasta los seres malvados debían dar una oportunidad a los seres buenos. Por lo que propuso enviar un grupo de representantes para recordárselo en persona a Sorgina Apobegi,

La malvada Sorgina recibió a regañadientes a los enviados reales y a pesar de sus protestas reconoció que la niña tenía razón. Enojada y sin darse por vencida les dijo:

- Está bien. Pero ahora deberéis cumplir los que yo os ordene. Reto a todos los niños entre seis y nueve años de todo el reino a superar las ocho pruebas solares. Si todos los niños las superan, reconoceré mi derrota y después de deshacer el conjuro me retiraré a las frías tierras más allá de las lejanas tierras.

Los niños realizaron las pruebas con gran entusiasmo, buen humor y armonía. Haciendo gala de gran fraternidad, unos ayudan a los otros, con el objetivo de poder superar el reto y poder despertar al durmiente sol.

Una a una las pruebas fueron superadas y una a una fueron conseguidas las estrellas. Cuando hubieron obtenido todas, se presentaron ante Sordina, la cual había estado observando la consecución de todas las pruebas y le presentaron el dorado trofeo. Sordina quedó deslumbrada por el reflejo solar y huyó despavorida del reino.

A la mañana siguiente, muy temprano como siempre, se escuchó el primer canto del gallo ante el primer rayo del sol. El reino poco a poco volvió a ser el mismo de antes y todos los habitantes: grandes, pequeños y chicos, volvieron a vivir felices y en total armonía. Sorgina Apobegi no volvió nunca más por el reino, pero dicen que en las noches de invierno cuando el viento arrecia se suelen oír sus gritos maldiciendo a los niños que le ganaron la partida.

Laureano Leibar Uribarren

Organización

Mirar en los otros cuentos de carnaval en <https://ideaswaldorf.com/cuento-de-carnaval/>
<https://ideaswaldorf.com/las-doce-piedras/>